

Los Reyes Magos de Emilia Pardo Bazán

ÁNGELES QUESADA NOVÁS
Madrid

Uno de los recursos más frecuentes a que se acogen las publicaciones periódicas (tanto las decimonónicas como las del siglo XX) en su tarea de ofrecer al lector algo más de lo que es habitual en el género periodístico (reportajes, entrevista, crónicas, etc.) lo constituye la presencia del cuento entre sus páginas. Un fenómeno que se inicia ya en el segundo tercio del siglo XIX y se incrementa a medida que avanza el siglo hasta el punto que en sus últimas décadas no “son sólo las revistas (...) las que incluyen cuentos en sus páginas, sino también los periódicos diarios”¹. Una costumbre indudablemente bien acogida por el público lector y por los escritores que encontraron, gracias a las publicaciones periódicas, un espléndido vehículo de difusión de su obra. Vehículo que sin duda ejerció su influencia en lo que respecta a un género en pleno desarrollo, el cuento, que resultaría así bastante “determinado por el contenido y los recursos formales del medio en que se difundía”².

Desde la perspectiva del contenido quizá no haya ejemplo más evidente de la relación entre el cuento y su medio de difusión que la presencia de los denominados “cuentos de circunstancias”, es decir, aquellos relatos que, nos informa la profesora Ezama “surgen al hilo de fiestas anuales, recuerdos históricos, hechos de la vida político social...”³ y se publican en las fechas adecuadas, o al socaire de determinados acontecimientos.

En un país de profunda tradición católica como la España decimonónica, no es de extrañar que las fechas relacionadas con el calendario cristiano tengan cabal importancia y amplia repercusión en las publicaciones periódicas, que requerirán a sus colaboradores habituales crónicas o cuentos relacionados con la festividad en curso, de ahí la abundancia en la prensa de la época de cuentos relacionados con la Navidad, la Semana Santa, la Epifanía, así como también con fiestas de corte profano como el Año Nuevo y el Carnaval. No se sustrae Emilia Pardo Bazán, colaboradora frecuente de bastantes publicaciones periódicas, a esta obligación y presta su colaboración con

¹ Baquero Goyanes, M.: *El cuento español del Romanticismo al Realismo*. Madrid: C.S.I.C., 1992, 4.

² Ezama Gil, A.: *El cuento de la prensa y otros cuentos*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1992, 23.

³ *Op. cit.*: 53.

relatos que, si hemos de creer a Gómez de la Serna, escribía durante sus estancias veraniegas en Meirás, guardaba en algún secreter o bargueño⁴, y luego enviaba a los periódicos y revistas en las fechas convenientes.

Dentro de la amplia producción cuentística pardobazanianiana, el número total de cuentos de circunstancias relacionados con festividades tradicionales no resulta excesivo (setenta y dos en un total de unos seiscientos cuentos), repartidos según la circunstancia festiva de forma desigual, ya que dedica veintiocho cuentos a la Navidad, catorce al Año Nuevo, diez a Carnaval y Semana Santa y sólo ocho a la festividad de los Reyes Magos. A este último grupo, formado por seis cuentos protagonizados por los reyes (“La visión de los Reyes Magos”, “Los Magos”, “Sueños regios”, “Los Santos Reyes”, “La estrella blanca” y “El triunfo de Baltasar”) y dos (“El rompecabezas” y “Lo que los reyes traían”) en que el protagonismo lo detenta la versión hispana de la festividad consistente en ofrecer regalos a los niños, venimos a sumar hoy otro cuento, olvidado hasta el momento y que, con el título “El error de los Magos”, apareció en el madrileño diario *El Día* el 7 de enero de 1917.

Antes de pasar a la transcripción de dicho relato quisiéramos hacer un breve comentario sobre el conjunto de los cuentos de Reyes, en que ellos aparecen como protagonistas, ya que el relato recobrado pertenece a ese grupo. Componen los cuentos un grupo bastante homogéneo desde la perspectiva de que en ellos la escritora lleva a cabo una labor doblemente creativa, ya que no satisfecha con el acto de crear unos relatos, añade el acto de crear unos personajes. Y hablamos de crear porque, efectivamente, a lo largo de estos siete relatos elabora Pardo Bazán un perfil físico y psicológico absolutamente original de estos simpáticos personajes pertenecientes al ideario colectivo, el cual los ha dotado de unos rasgos físicos definidos y los ha connotado con un determinado simbolismo, relacionado siempre con valores espirituales.

Pardo Bazán plantea ya desde el primero de sus cuentos de Reyes una personal y peculiar visión de estos personajes e irá ofreciendo información, cada vez más amplia, acerca de estos misteriosos reyes de los cuales la tradición cristiana ofrece escasos datos⁵.

⁴ “Estos bargueños merecen destacarse, (...) Doña Emilia, al recibir un encargo de cuento para una revista estudiaba el caso. —¿Revista rosa? ¿Revista crudiza? ¿Número final de año? ¿Cuento de carnaval? ¿Cuento de día de difuntos? ¿Cuento indoamericano? Entonces doña Emilia, como un músico de órgano, tiraba del registro y sacaba el cajoncito correspondiente al cuento de circunstancias que le acababan de pedir” (Gómez de la Serna, R.: *Retratos de España*. Barcelona: Ed. B, 1988, 69).

⁵ Posiblemente la primera noticia acerca de estos personajes se recoge en el *Libro de Santiago*, llamado desde su primera edición en el siglo XVI el *Protoevangelio de Santiago*. La parte que hace referencia a la adoración de los magos se supone escrita entre los años 130-140. “Así es casi seguro que algunos célebres apologistas cristianos, como Justino (mediados del s. II), Clemente de Alejandría (finales del s. II) u Orígenes (principios del s. III) conocieron y utilizaron los relatos contenidos en nuestro Protoevangelio” (p. 32). El episodio que relata el *Protoevangelio* se refiere sobre todo al encuentro de Herodes con los magos, de los cuales no ofrece mayor explicación que la

El primer cuento (siguiendo el orden cronológico de aparición en prensa), “La visión de los Reyes Magos”, publicado en *La Época* el 6 de enero de 1895, constituye un remedo de diálogo teatral, acompañado de unas extensas acotaciones al principio y fin del relato, aclaratorias del espacio y tiempo, nos enteramos así de que se encuentran los personajes en el viaje de regreso, tras la adoración en el portal de Belén. Las primeras intervenciones de cada uno de ellos —y su consecuente acotación— sirven como presentación del personaje, algunos de cuyos rasgos físicos y psicológicos aparecen ya definidos, sin que se nos ofrezca aclaración sobre ellos.

BALTASAR.- (*Acariciándose la nevada y luenga barba y moviendo la anciana cabeza a estilo del que vaticina*).

GASPAR.- (*Enderezándose sobre su montura, requiriendo la espada, frunciendo las cejas y echando chispas por los ojos*).

MELCHOR.- (*Tímidamente, con humildad profunda*) (...) Yo (...) el etíope de negra tez... (II, 248).⁶

En este primer cuento, además de adjudicarle a cada persona un físico y un carácter, se busca dar una explicación del simbolismo de las tres ofrendas tradicionales que se relacionan con cada uno de los reyes, así el oro con Baltasar, la mirra con Gaspar y el incienso con Melchor, en función de lo que cada uno de los ellos representa, y aquí es donde comienza a emerger la originalidad de la visión que la autora ofrece de los tres reyes, puesto que, si bien Baltasar podría coincidir con la visión que tradicionalmente se ha ofrecido de dichos personajes, por su ancianidad y su índole de sabio conocedor de los arcanos, no coinciden los otros dos reyes con la tradición, la cual habitualmente elude señalar otros rasgos que no sean el de la sabiduría y el de la bondad. Acude la escritora a su imaginación y bosqueja dos reyes cuando menos sorprendentes: el uno, Gaspar, pasará a simbolizar en sus cuentos los valores viriles centrados en la fuerza, la audacia, el valor, y, sobre todo, el ardor guerrero: “Aquí me tenéis a mí ¡oh sabios!: he combatido, he sufrido, he vencido monstruos, he lidiado con tentaciones horribles, me he visto mil veces en manos de mis enemigos...” (II, 248). Por su parte Melchor, el que más impresionado se muestra tras la experiencia vivida, señala que “así que llegue a mi reino abriré las prisiones, licenciare a los ejércitos, condenaré los tributos, daré libertad a mis concubinas...” (II, 248-249), denotando con ello su poderío como monarca absoluto de un lejano reino, sin mayores datos.

siguiente: “Y una gran agitación tuvo lugar en Belén, por haber llegado allí unos magos diciendo: “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle.” Resuelve la escena de la Adoración muy parcamente: “Y los magos salieron. Y he aquí que la estrella que ellos habían visto en Oriente les precedía, hasta que llegaron a la gruta. Y los magos vieron al recién nacido con María, su madre, y sacaron de sus bolsas presentes de oro, incienso y mirra.” Y remata el episodio sin aportar más datos: “Y advertidos por un ángel de que no volviesen a Judea, regresaron a su país por otra ruta.” (Crépon, P.: *Los Evangelios apócrifos*. Madrid: EDAF, 2000, 51-52)

⁶ Tomamos las citas de la edición de J. Paredes Núñez: Emilia Pardo Bazán: *Cuentos Completos*, La Coruña, Fundación “Pedro Barrié de la Maza, Conde de FENOSA”, 1990, 4 vols. Junto a la cita se indica número de volumen y página.

Se plantea así una nueva perspectiva de los Reyes que evidencia un deseo de crear una leyenda completa, para lo cual será necesario aclarar las insólitas palabras y actuaciones plasmadas en este relato. Y algo más se añade en el cuento siguiente, “Los Magos” (*La Ilustración Artística*, 10 enero 1898), sobre todo en cuanto al origen de Baltasar: “se acordaba de los anchos ríos de su amado país del Irán, de la sabana inmensa del Indo, del fresco y misterioso lago de Bactegán”⁷ (II, 241), a la vez que se recuerda el color de la piel de Melchor, “el Rey negro”, su procedencia oriental y su opulencia manifiestas en la descripción de la vestimenta: “su rica túnica de brocado de plata franjeada de esmeraldas y plumas de pavo real” (II, 241).

La acción se sitúa en el viaje de ida, cuando los reyes muestran que son ansias humanas las que les han empujado a emprender su aventura: así el afán de sabiduría total de Baltasar: “El Niño a quien iban a adorar sería con el tiempo otro Salomón, más grande, más fuerte, más opulento, más docto que el antiguo...” (II, 242) y el de conquista del rey guerrero, Gaspar: “En aquel Niño (...) iba a reflorar el poderío incontestable de los monarcas de Judá y de Israel, leones en el combate (...) sometería a todas las naciones; ceñiría la corona del universo, y bajo su solio, salpicado de diamantes, se postraría la opresora ciudad del Lacio. Sí, la ávida loba romana lamería, domada, los pies de aquel Niño prodigioso...” (II, 242). Sólo “el Mago de piel negra” se sustrae de estas ensoñaciones en que predomina la visión tópica del poder humano para incluir la presencia de algunos valores espirituales.

Los principales rasgos físicos y psicológicos ya se han perfilado en estos dos cuentos, así como los móviles del viaje, que no han dejado de sorprender, de manera que ya pueden pasar estos personajes a ser utilizados como símbolos y eso es lo que sucede en el cuento siguiente, “Sueños regios” (*La Ilustración Artística*, 6-I-1902), el primer cuento de este grupo que se aleja de la localización temporal remota y presenta a los personajes ejerciendo su tarea de visitar a los humanos del presente. El cuento es de clara índole alegórica, en el que juegan un papel simbólico no sólo las ofrendas, sino también los aspectos de los magos complementadas por las vestimentas. De nuevo aparece Baltasar con el aspecto que se corresponde con la imagen tópica del sabio:

una figura venerable, un viejo aureolado por larguísima barba y melenas, donde la nieve se diría que enredó sus vellones. La vestidura del viejo deslumbra, túnica de brocado de oro, manto de terciopelo violeta orlado de armiño. Una especie de mitra, en que las perlas se apiñan sobre la filigrana, rodea sus sienas y comprime y hace bufar su gran cabellera nevada, que se extiende caudalosa por los hombros. (II, 244).

Gaspar, el belicoso, se presenta “en la fuerza de la edad, envuelto en ropón de púrpura, bajo el cual se aparece una armadura de admirable trabajo. Rodea sus sienas

⁷ Este dato geográfico lo toma la autora posiblemente de *La leyenda dorada*, donde se dice: “Los Magos eran naturales de una región existente entre Persia y Caldea, llamada Sabea, nombre derivado del río Saba, que pasa por ella” (Vorágine, S. de la: *La leyenda dorada*. Madrid: Alianza, 1982, 96).

una corona de picos” (II, 246). Hasta aquí, y manifestando al carácter simbólico que la escritora ha adjudicado a sus personajes, la relación entre aspecto y vestimenta no sorprende, ya que responde al programa que se ha trazado, la sorpresa tiene lugar cuando pasa a ocuparse del rey Melchor y comienza la descripción a connotarse de valores sensuales, humano elemento este al que la tradición cristiana no nos tiene acostumbrados:

Elegante figura se desliza (...) Es un negro joven, esbelto, de robusta y acerada musculatura, de piernas nerviosas, encerradas en calzas prietas y salpicadas de lentejuelas, como las que ostentan los donceles en los cuadros de Carpaccio: una sobrevesta de tisú de plata acusa sus formas; un cinturón de pedrerías sostiene sobre su vientre enjuto soberbio puñal; encima de sus cabellos crespos se ladea un gorro de velludo carmesí, y bajo el ala luce diadema de brillantes. El gallardo negro... (II, 247).

Extensa y colorista descripción que ofrece una visión insólita de este personaje, como insólita resulta la tarea que se la ha encomendado, nada menos que “Columpiar este incensario en todos los países donde el hombre trate a la mujer como esclava y no como compañera” (II, 247), es decir, un Rey Mago no sólo atractivo, sino también feminista. Paradoja tan poco plausible en la época que no duda la autora en tenderle una trampa mediante la sensual invitación que el emir visitado le hace de solazarse: “Eres mi huésped, voy a ordenar que te preparen un baño con agua de rosas dos bellas cautivas” (II, 247). Proposición con la que termina el cuento sin aclarar si el mago ha llevado a cabo su misión liberadora, o se ha dado un baño, o ambas cosas... Al introducir en este relato el inquietante elemento de la sensualidad, adquiere la figura de este rey mago una dimensión insólita que suponemos causó una dispar reacción entre los lectores, unos posiblemente leyeron regocijados esta historia de sutil trampa urdida para que nada cambie; otros, se sentirían escandalizados ante el encargo que el Niño ha impuesto, tan alejado de lo que se supone son los elevados fines de tan egregios personajes.

Diez años más tarde, el 6 de enero de 1912 publica Pardo Bazán en *La Noche* un nuevo cuento de Reyes: “Los Santos Reyes”, un relato con el que conseguirá elevar el listón de lo sorprendente. Vuelve la autora a localizar la historia en los tiempos remotos de la Epifanía, con la intención de profundizar en los deseos que han movido a estos hombres a emprender el viaje a Belén. Lo que sorprende es que el anhelo de cada uno de ellos se aleja bastante de lo que el lector esperaría de estos personajes, al concretarse en peticiones de índole tan humana como el deseo de recobrar la juventud de Baltasar: “Si el Rey desconocido me devuelve la mocedad, a sus plantas estaré siempre” (III, 497), o la obsesión por la victoria final de Gaspar: “Mi espada corva ansía cruzarse con la corta espada de los del Lacio. Si el Rey de Reyes viene a destruir el poderío de la loba de bronce le besaré los pies” (III, 498). Y, una vez más, será el rey Melchor el que presente anhelo más alejado de lo usual no sólo por su deseo de “aclarar mi piel, hermohear mi rostro” (III, 498), sino por los argumentos con que justifica tamaña petición:

Me han traído una cautiva griega y otra del país de los galos (...) Son a cual más hermosas (...) La griega (...) cuando contemplo su perfil puro, su recta nariz, me avergüenzo de mi cara aplastada y mi tez de carbón. Las rubias trenzas de la hija de Lutecia me hacen pensar con desesperación en mi testa lanosa. Amo a mis dos cautivas, y veo en su cara la repugnancia que les produzco. Quisiera que me mirasen con placer, que sus brazos se ciñesen gustosos a mi cuello... (III, 497).

Si en los cuentos anteriores ya se habían perfilado los rasgos propios de la simbología correspondiente a cada uno de ellos, ahora ya no dudamos de que son sabiduría, poder y amor lo que cada rey materializa. Los tres irresistibles deseos que mueven a la humanidad; lo sorprendente es la insistencia con que la autora hace girar el término amor en torno a la mujer y connotar su presencia con evidentes notas eróticas; no desea el rey Melchor el amor fraterno, no busca *el secreto de la filantropía*; antes bien se desespera como cualquier enamorado ante el rechazo de su amada y desea la belleza para con ella conquistarla.

Pero por si no se ha enterado el lector de las razones que mueven a estos tres personajes, le brindará todo tipo de explicaciones en "La estrella blanca" (*La Esfera*, 3 enero 1912), un extenso cuento en que, por lo menudo, se exponen el origen y tipo de vida, así como se reiteran las expectativas, las razones del extraño viaje. Al igual que ha sucedido en "Los Santos Reyes", dedica el narrador una atención escasa al sabio y al guerrero para centrarse en el más humano quizá, el eterno acomplejado por su apariencia física ("triste hasta la muerte. Porque comprendía que su piel oscura, sus cabellos lanosos no eran gratos"; III, 492), que le impide disfrutar del amor de sus esclavas blancas: "No le bastaba la sumisión mecánica, el consentimiento de aquellos cuerpos seductores; exigía el alma, con rabiosa exigencia, no saciada nunca (...) Pero el amor no llegaba" (III, 492). Una atención que se extiende a las prolifas descripciones de sus palacios, sus esclavas, su vestimenta, su postura, con la evidente intención de trazar un cuadro sensual que enfatice el motivo central del cuento, es decir, la transformación de estos "tres hombres que sufrimos de un ansia infinita" (III, 493), mediante la adquisición de la fe y la esperanza, en los tres santos a que alude el final del relato: "Y por haberla seguido ¿no lo sabéis? Los Magos Reyes, de vuelta a sus reinos, fueron santos..." (III, 494).

Con este cuento da por terminada Pardo Bazán su peculiar versión de la leyenda de los Reyes Magos, en que la imaginación ha corrido ligera, si bien se observa una búsqueda de conciliación entre su humana visión y la sobrehumana de la tradición, para lo cual recurre la autora a las explicaciones que ofrece Santiago de la Vorágine en *La leyenda dorada*, fuente en la que bebe para ofrecer los significados simbólicos⁸. La falta de otras fuentes más fidedignas es lo que facilita a la escritora libertad

⁸ Por ejemplo la lectura que hace del valor de las ofrendas coincide con lo expuesto en dicha obra: "Porque como el oro se usaba para pagar los tributos, el incienso para los sacrificios y la mirra para un girar a los muertos, los magos, ofrecieron al señor estas tres cosas, proclamaron que en aquel niño coexistían la regia potestad, la majestad divina y la naturaleza humana mortal" (Vorágine 1982: 96).

para crear unas personalidades a su gusto y adornarlas con los atributos que le parecen más acordes con la simbología adjudicada. Una libertad que se toma también en un artículo (*La Ilustración Artística*, 7-I-1901), cuando les adjudica la calidad de sacerdotes y la posible procedencia de la etnia gitana, desplegando parte de su erudición para argumentar su tesis:

Es posible que Gaspar, Baltasar y Melchor fuesen astrónomos, o mejor dicho astrólogos (...) Si yo me decidiese a adoptar un criterio definido en estos asuntos, diría que los Magos no pudieron ser más que sacerdotes. ¿De qué culto? Probablemente del magdeísmo. Lo de sacerdotes no quita lo de astrónomos, al contrario. (...) Los que más se distinguieron en el arte de los sortilegios, encantos y brujerías fueron los egipcios⁹ (...) todavía persiste (...) la fama de la habilidad egipcia para la magia; y de esta creencia perseverante y tenaz son buena prueba las hazañas de los gitanos y gitanas (...). singular persistencia de la tradición que en países donde ni se sospecha la existencia del viejo Egipto, miles de años después de que los sacerdotes faraónicos celebraron por última vez los ritos de la magia, rodea todavía de una aureola de poder sobrenatural a los descendientes de la raza procedente de las márgenes del Nilo.

Sería natural que en este pueblo, en las tribus errantes que en el siglo XV se esparcieron por Europa (...) existiese la costumbre de recibir a los Magos, acaso ascendientes suyos, tronco de su árbol. Sacerdotes y gitanos serían quizás los Magos, allá cuando esta raza, degradada hoy, alzaba orgullosa su morena frente. La tradición del color oscuro de uno de los Reyes (...) el hecho mismo de emprender la caminata con tal facilidad, propia de la gente nómada, parece indicar que no va mi suposición enteramente destituida de fundamento.

Comparados los cuentos y el artículo se observa que la autora, a la hora de plasmar la historia en relato ha tendido a acudir al ámbito de lo legendario, cercano a lo fantástico, y ha creado su propia leyenda acerca de unos sabios, ricos y poderosos reyes, cuyas peculiaridades caracteriológicas ha ido ampliando y matizando a lo largo de los años, en un ejercicio de incremento de noticias acerca de sus personalidades y circunstancias. Con una evidente finalidad, la de transformar a estos misteriosos pero humanísimos reyes, en los santos que transmite la tradición, y todo ello gracias al acto de fe que tiene lugar en el portal de Belén, a su conversión en gentiles adoradores del concepto de Humanidad que transmite el cristianismo.

En los dos últimos cuentos, “El error de los Magos” (*El Día*, 7-I-1917) y “El triunfo de Baltasar” (*La Esfera*, 12-I-1918), abandona la autora la necesidad de reiterar el acto de creación de la leyenda y los presenta ya como la tradición recoge, al menos la tradición hispana que relaciona la festividad de la Epifanía con la infancia, con la entrega de los anhelados juguetes a unos niños que todavía creen en milagros

⁹ Una vez más ha acudido posiblemente la autora a la obra citada en que se señala al hablar de la índole de los Magos: “Otros estiman que eran hechiceros, al estilo de los encantadores que servían al Faraón ejerciendo la magia para causar con ella maleficios (...). Cristo quiso convertir a estos magos, y mediante la revelación de su nacimiento los apartó de sus malas artes, y los santificó para que su conversión sirviera de ejemplo y de motivo de esperanza a los pecadores de cualquier género”. (Vorágine 1982: 92).

(“Felices ellos si pudiesen seguir siempre consagrando el pensamiento a la muñeca y al bebé. Vendrán la esposa, los hijos, la vida de carne y hueso, con mayor conciencia de sí propia..., y el hombre hecho se acordará con nostalgia de cuando le traían los Santos Reyes unas glorias y unas penas de cinc y de cartón”; *La Ilustración Artística*, 7-I-1901). Mantienen los tres personajes los rasgos físicos de que han sido dotados en cuentos anteriores, pero su preocupación gira en torno precisamente a una tarea que les parece nimia en comparación con su poderío. Reciben en ambos cuentos una dura lección, de la cual es buena muestra el cuento que transcribimos a continuación.

“El error de los magos” es un ejemplo evidentísimo del cuento de circunstancias en que a la fecha festiva se añade la terrible circunstancia en curso del año en que está escrito y no es otra que la de la Gran Guerra, que se prolonga desde hace ya tres años y no tiene visos de terminar. Se caracteriza el relato por la intensa amargura y el hondo pesimismo que late en él, así como por mantener uno de los rasgos más reiterados en la obra cuentística de Pardo Bazán: la huida de la prédica, sustituida por la plasmación de la realidad más cruda, como el arma de mayor contundencia crítica. No encontramos en este cuento las descripciones de hermosas vestimentas o sensuales situaciones de que ha hecho gala la escritora en otros cuentos, sino la visión de las trincheras, de la destrucción moral a que ha conducido esta guerra, narrado con el tono desesperanzado de quien se declara vencida por las atrocidades cometidas y la falta de esperanza en la Humanidad. De ahí la derrota de los Magos y su anhelo por volver a entrar en el inocente mundo infantil.

EL ERROR DE LOS MAGOS

La noche que precede a la Epifanía se despiertan con sobresalto los Reyes de las lueñas tierras, y reunidos ya, deliberan sobre su viaje.

—¿Crees tú, Melchor —pregunta al gallardo negro el viejo de la barba albar—, que está ni medio bien que no tengamos otro oficio sino el de repartir juguetes a la chiquillería? Todos los vastos conocimientos que hemos atesorado; toda la virtud que anida en nuestros pechos; todos los méritos contraídos al representar simbólicamente la vocación de los gentiles a la fe del Niño divino, ¿han de parar en esta rutina de que, dentro de los patucos de las criaturas, depositemos un ulano de plomo, un automóvil de hojalata, un cordero de cartón o una muñeca de género de punto?

—También a mí —interviene Gaspar, el belicoso— me humilla la función que nos señalan. El resto del año, nadie nos invoca; y, en cambio, ahora, en este mismo instante, centenares de millares de voceillas nos llaman con insistencia, y miles de cartas sin ortografía han sido echadas al correo, para pedirnos embelecros y chirimbolos. Sin duda piensan que comanditamos un bazar. Como reyes, como precursores, como sabidores, no debemos avenirnos a tal rebajamiento.

El rey negro sacude su testa lanuda y agita impaciente las piernas musculosas, encerradas en calzas prietas y salpicadas de lentejuelas, como las que ostentan los donceles en los cuadros de Carpaccio¹⁰. Ya se va hartando él también de distribuir monigotes a monigotillos.

¹⁰ Una descripción que reitera la presentada en “Sueños regios”.

Es tiempo de que se les confiera encargo más alto, proporcionado a su jerarquía social y celeste. Y los tres Monarcas deciden protestar, resistirse a guarnecer de bujerías más calzado de mocosos. No hay que resignarse nunca a que nos aminoren. ¡No faltaba! Y lo pactan, mientras la luz del Misterio, de sobrenatural fulgor, alumbraba la ruta que han de seguir. La estrella ha encendido su enorme diamante azul, en lo más alto del firmamento, y parece ordenarles, con su titilación ansiosa:

—¡Ea, caminad!

Antes de que se decidan a meter el pie en el ancho estribo incrustado de marfil, he aquí que surge una figurita sin sexo; todo pureza, con alas en flor, un ángel mensajero, aquel mismo que, juntas sobre el pecho las manos, cintada de oro la sien, ondulada en artísticos canalones la túnica, se apareció al principio de la Era a María, murmurando las palabras tres veces solemnes de la Encarnación.

—Vuestras quejas —exclama el Paraninfo— han sido oídas. El Niño, que recibió de vosotros el primer tributo, no quiere que andéis descontentos. Este año entregaremos los juguetes mis hermanitos y yo; a vosotros se os encomienda deber más grave y trascendente. Tú, Monarca lleno de sabiduría, Baltasar el Venerable, repartirás la ciencia entre el género humano. Tú, valeroso Rey Gaspar, capitán invicto, repartirás la suerte de las armas. Y tú, Melchor, soberano de los países espléndidos en que la naturaleza arde como un volcán, repartirás los dones de la salud, los más preciosos. Colmad, pues, vuestros pomos y cofrecillos, juntaed escolta y bagajes, y marchad, orgullosos, en pos de la Estrella, a distribuir vuestros magníficos presentes.

No hubo que repetir la orden. Engreídos y satisfechos, encajados en sus (...) ¹¹ hollando la nieve fresca. Arrebozados en sus luengos mantos, que forraba el regío armiño, creían sentir más frío que otras noches análogas. Sobre todo, tiritaba Baltasar, mientras deteniéndose en ciudades populosas, y luego en anchos campos socavados, subterráneos, donde se cobijaba una multitud vigilante, armada, silenciosa, iba regalando a los hombres su tesoro científico.

Y el tesoro de Baltasar era formidable, y el mismo anciano Mago, que durante su existencia mortal había consagrado estudios y vigiliás a escudriñar el arcano sentido de los libros herméticos, donde se encierra la revelación de la esencia del mundo y sus armonías inefables, vanamente quería relacionar las investigaciones realizadas allá en la torre de su palacio, donde pinturas cabalísticas reproducían los signos zodiacales y el giro melodioso de las esferas celestes, con lo que le pedían ahora los humanos que pusiese en los zapatos, tendidos como bandejas. Baltasar seguía tiritando al dar a manos llenas máquinas siniestras, artefactos de destrucción. Anhelosas multitudes demandaban lo que más estrago pudiese hacer en menos tiempo. Le pedían el envenenamiento del aire, el incendio por la explosión horrrisona, lo que sepulta al buque en el abismo, lo que derrumba la ciudad, lo que troncha el árbol, lo que pulveriza la carne, lo que tumba patas arriba al hombre. Tal contribución exigían de la ciencia los millones de zapatos de combatientes, alineados ante las negras trincheras; zapatos endurecidos por el barro, perforados por las balas, arrancados por los alambres; duros zapatos tan diferentes de las graciosas góndolas infantiles que antaño llenaban de bombones y de niñerías los Magos viajeros. Y Baltasar, aterido, desearía no repartir ya nada, dormir entre los copiosos mechones de su barba velida, o retirarse a la Torre antes de que viniese el Niño; la Torre donde la ciencia era clara, como la túnica de una virgen, no tiznada de humo, ni apegotada de sangre.

Entretanto, Gaspar galopaba, perseguido por un clamoreo furioso, acosado por desesperada y descalza muchedumbre, que alzaba en el aire, como copas votivas, sus zapatos de formas

¹¹ Falta una línea en el original.

diversas; enormes, de doble suela, herrados, de recios pies del Norte, o ligeros, como para ceñir plantas latinas. Y los zapatos reclamaban de Melchor, el guerrero, Mago por sus victorias, aquella suerte de las armas que estaba encargado de otorgar. Por ella, rugían las razas y los pueblos, y la tierra, estremecida, temblaba al paso de las haces, como si una manada de elefantes coléricos se atropellase arrasándolo todo, dejando en pos un olor de salvajina, montés y violento, al vaho de la fuerza en marcha. Y titubeaba Gaspar, antes de discernir el triunfo —el triunfo que da miedo—. Y, creyéndole a los alcances la muchedumbre, para arrebatarse el don, apresuraba el tranco largo de su camello, oyendo, a la vez que el cavernoso aullar de las turbas, otro mugido profundo, distante, pero que ya se aproximaba. Y ante sus ojos apareció el Océano, y la espuma del oleaje vino a contener su carrera insensata, y comprendió que la infinita multitud venía detrás, e iba a alcanzarle, y los primeros que llegasen arrebatarse el tesoro de la victoria. Y pensó el Mago que su responsabilidad era tremenda, y vio en el aire una espada desnuda, y arrojó a las profundidades el cofre que encerraba en don...

Y he aquí que, a su vez, Melchor quería distribuir los bienes de la salud. Echando pie a tierra en un llano, esperaba. Por fin vino a él una interminable teoría de lisiados, mutilados y semihombres: unos con muletas, otros con antojos, otros sin extremidades, arrastrándose; y que también acudían danzando con extravagancia los dementes, y los que ni aun dementes eran, los que la idiotez sumía en sus limbos. Tales les habían vuelto los espantos de la guerra. Y como Melchor les preguntase a todos si querían salud, para sí, para los que amaban, cádate que contestaron, tendiendo su vieja gorra, a falta de zapato, los que habían perdido ambos pies:

—No queremos sino volver a la lucha! ¡Qué podamos luchar, y lo demás no nos importa, Mago negro!

Al lívido amanecer, los tres Reyes, doloridos, lacios, yertos de frío, tristes hasta morir, se encontraron en una gándara estéril, abrasada y aplastada por el cañón.

Y no querían confesar que habían errado, pues tal es nuestra condición humana, y aun disimulaban, aparentando contento, hasta que el negro, más sincero, rebosando ingenuidad, que le brotaba de los blancos dientes y ojos, formuló el pensamiento y el desencanto común, murmurando:

—¡Yo quiero juguetes, yo quiero niños!

Los magos repitieron a coro:

—¡Niños! ¡Niños! ¡Juguetes! ¡Alegría! ¡Que nos devuelvan nuestro cargo!

La Condesa de Pardo Bazán.